

Imperialismo, burguesía y redistribución colonial. Kipling ante la crisis del «Mapa Color Rosa»

LUIS EUGENIO TOGORES SÁNCHEZ *

I. LA SOCIEDAD VICTORIANA ANTE EL NUEVO IMPERIALISMO

La reina Victoria sobrevivió tres semanas al siglo XIX. Resultaba adecuado que la «Era Victoriana» y la centuria finalizasen el mismo momento. En cierta forma aquel había sido el siglo de la Gran Bretaña, en el que había proyectado sobre el mundo su manera de entender la vida, modelando la sociedad internacional a su medida. Desde 1894 la hora fue determinada por el meridiano de Greenwich; la mayor parte de los países occidentales abrazaron para sus monedas el patrón oro utilizado por el Banco de Inglaterra; deportes, modas, estilos urbanísticos, sistemas políticos, etc., nacidos en las Islas se adoptaron por todo el orbe ¹. Indudablemente, y a pesar de la crisis que alentaba el propio sistema británico, a comienzos del año 1900, ser súbdito de «su Graciosa Majestad» era algo más que poseer una simple nacionalidad: la sombra de Albión se proyectaba con nitidez sobre todo el mundo.

Gran Bretaña era el modelo para todas las naciones industrializadas que pugnaban por un puesto privilegiado dentro del «nuevo imperialismo». Su riqueza era fruto de su poderosa armada y de su intenso comercio, que le permitía erigirse en valedora del librecambismo, segura de su mercado interior ². La fuerza del Imperio venía dada por los inmensos e importantes territorios ultramarinos administrados por el gobierno de «La Corona».

* Departamento de Historia Contemporánea. Universidad Complutense. Madrid.

¹ TAYLOR, A. J. P.: «Incómodo esplendor británico», en *Historia Mundial del siglo XX*, vol. I, Ed. Vergara, Barcelona, 1972, p. 21.

² Inglaterra defendió con todas sus fuerzas el «libre comercio» internacional durante la

Siguiendo sus pasos iban otras naciones —Francia, Alemania, Rusia, Estados Unidos o Japón—, según su grado de desarrollo industrial. Junto a estos expansivos Estados-Nación pervivían viejos Imperios, que en otro tiempo habían tenido gran importancia y que ahora languidecían hacia una segura desaparición: Holanda, que todavía poseía ricos territorios en las Indias Orientales, resignada a su papel de pequeña nación europea; Portugal, con sus colonias del Este y el Oeste de Africa codiciadas tanto por británicos como por alemanes; España, que tras la pérdida de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, sólo conservaba algunas pequeñas e insignificantes posesiones africanas. Frente a éstas, el Imperio Británico representaba la «justicia», la bonanza y el próspero fruto de la expansión colonial; situación creada por hombres de estirpe anglosajona que habían asentado por todo el mundo su bandera, su cultura, su raza y su manera de vivir.

* * *

En la Inglaterra ochocentista aún gobernaban de manera indiscutida las clases altas: el marqués de Salisbury procedía de un linaje aristocrático que se remontaba al siglo XVI, y el Gobierno estaba tan lleno de los parientes de la familia Cecil que era conocido con el sobrenombre de «Hotel Cecil». Las grandes familias rivalizaban en poder con los atrasados Estados de Europa Oriental. Los sirvientes empleados por el duque de Westminster, o el conde de Derby, para su servicio particular, eran más numerosos que todo el personal del Hospital General de Londres. Durante la primera mitad del siglo XIX en Inglaterra la democracia había sido mirada con desconfianza, siendo considerada como la portadora de la revolución social y política. La propia Reina Victoria había declarado: «Nunca seré la reina de una monarquía democrática». Pero el tiempo obligó a las clases dirigentes británicas a mantener una política de concesiones, por lo menos hasta el grado del sufragio familiar. En 1900 solamente dos diputados laboristas tuvieron acceso a la Cámara de los Comunes³.

La burguesía, durante largo tiempo, estuvo excluida del gobierno de la nación, por su propia falta de interés por los asuntos públicos, siendo políticamente emancipada por el imperialismo. Por tanto, el imperialismo puede ser considerado —aquí nos remitimos al pensamiento de Hannah Arendt— la primera fase de la dominación política de la burguesía, más que como última fase del capitalismo. Estos acomodados burgueses victorianos antes que sub-

casi totalidad del siglo XIX, fruto de su mayor desarrollo industrial y de su poderoso sistema comercial —cimentado en los bajos costes de sus materias primas, una correcta y barata manufacturación, unos perfectos canales de distribución— gracias a su supremacía naval —y una extendida y entrenada cadena de distribución—, pero a finales de siglo la llegada de una corriente generalizada de proteccionismo, paralela al incremento de las tensiones de la «paz armada», obligaron a Gran Bretaña a cambiar su política comercial.

³ TAYLOR, A. J. P.: *Ob. cit.*, pp. 21 y ss.

ditos de una monarquía y ciudadanos de un Estado se habían considerado en primer lugar personas particulares. El hecho significativo de este proceso de reevaluación, que comenzó a finales del pasado siglo y que aún sigue en marcha, se inició con la aplicación de las convicciones burguesas a los asuntos exteriores, y sólo lentamente se extendió a la política interior. Por eso las naciones implicadas —sobre todo Gran Bretaña—, apenas se mostraron conscientes de que la indiferencia que había prevalecido en la vida privada burguesa, y contra la que el cuerpo público siempre había tenido que defenderse a sí mismo y defender a sus ciudadanos particulares, estaba a punto de ser elevada a la categoría de un principio político públicamente honrado ⁴.

La burguesía, intrínsecamente conservadora, accedió así a los anfiteatros políticos como actor de primera categoría. Los partidos políticos ingleses nutridos en sus filas por esta clase, antes social y económica, y ahora también política, produjo, entre otras cosas, la complicidad de las formaciones parlamentarias con los programas imperialistas. Esto arrastró al Partido Laborista a adoptar el «Imperialismo» como una realidad, no sólo aceptable sino deseable, que venía dada por los nuevos rumbos que adoptaba la sociedad. Como profetiza Cecil Rhodes:

«Los trabajadores ven que aunque los americanos les aseguran una excelente amistad e intercambian con ellos los sentimientos fraternales, están cerrando las puertas a sus artículos. Los trabajadores ven también que Rusia, Francia y Alemania, localmente, se hallan haciendo lo mismo y los trabajadores consideran que si no se preocupan no hallarán un lugar en el mundo con el que comerciar. De esta forma los trabajadores se han convertido en imperialistas y el Partido Liberal sigue su camino» ⁵.

Las clases trabajadoras industrializadas pudieron haber ejercido una decisiva influencia de habérselo propuesto, pero al parecer no quisieron hacerlo. Cuando lo hicieron fue de forma abierta y plenamente a favor del «sentimiento imperial». Esta euforia imperial, así como una firme voluntad de poder se manifestaba tanto en las votaciones electorales de conservadores y unionistas de 1895 como en manifestaciones populares masivas que alentaba la presencia y acción de su país en el campo colonial ⁶. Durante la celebración del septuagésimo quinto aniversario de la reina Victoria, en 1897, afirmó el duque de Argyll, henchido de orgullo: «No podemos dejar de recordar que ningún soberano desde la caída de Roma pudo reunir súbditos de tantos y tan distantes países de todo el mundo», en tanto que Beatrice Webb, menos proclive a encandilarse con el sistema, afirmó: «Imperialismo en el ambiente; con todas las clases embriagadas de monumentos y de lealtad histérica».

La expansión se presentaba como una causa común de toda la nación, de

⁴ ARENDT, Hannah: *Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid, 1974, p. 198.

⁵ MILLIN, S. Gertrude: *Rhodes*, Londres, 1933, p. 154.

⁶ TORRE DEL RÍO, Rosario de la: *Inglaterra y España en 1898*, Eudema, Madrid, 1988, p. 44.

todas las clases en torno a una empresa nacional, fuera de lo estrictamente partidista; además la aventura imperialista parecía ser la solución idónea para los problemas internos que sufría la sociedad metropolitana, nacional, ya que se presentaba como ilimitada. Sólo en torno a la cuestión colonial, alejados de la metrópoli, de sus problemas económicos y lealtades sociales, un ciudadano se podía sentir inglés, francés o alemán, más próximo a todos sus compatriotas que a los compañeros de clase de algún país extranjero ⁷. Los miembros de la nueva sociedad colonial e imperialista se fueron alejando de «las luchas partidistas», reafirmando en su creencia de que representaban única y exclusivamente los intereses colectivos de la nación ⁸. Los políticos imperialistas británicos unieron a los más ricos y a los más pobres en una causa común, la expansión ultramarina ⁹. Un extracto del artículo de W. L. Langer «A critique of imperialism», editado en 1935, puede resultar esclarecedor en relación a este estado colectivo.

«Este (el Nacionalismo) puede conducir a los individuos al extremo de sacrificar su propia vida por los fines del Estado, el imperialismo los ha conducido a los más elevados esfuerzos y al supremo sacrificio, incluso cuando el premio podía ser tan sólo una parte de África o Asia poco conocida y en el fondo sin valor.

Algunos pensaban que estaban comprometidos en el cumplimiento de una misión divina para abolir la esclavitud, extender el evangelio y educar a los paganos. Otros pensaban que estaban protegiendo nuevos mercados de competidores peligrosos, asegurando su abastecimiento de materias primas, o hallando nuevos campos para la inversión» ¹⁰.

Los británicos, ya sea por motivos de nacionalismo o sobre bases racistas —bajo influencias darwinistas ¹¹—, formularon un imperialismo popular, de masas, tanto de génesis «eurocéntrica» como «periférica» que sumió a la sociedad metropolitana —entiéndase por ésta la nacida o descendencia directa de anglosajones nacidos en el Reino Unido— en una fiebre popular de imperialismo.

Sus éxitos ultramarinos reafirmaron en el pueblo inglés su creencia de superioridad, de grupo privilegiado sobre el resto de los humanos, incluso

⁷ A este respecto existe un ilustrativo cuento de sir Arthur Conan Doyle que bajo el título de *Cuentos de la vida militar* nos presenta el titulado *La bandera verde*. Esta historia, desarrollada durante la campaña sudanesa de Kitchener contra los derviches, resulta altamente explicativa sobre cómo se veía este problema por algunos de los que vivieron el «nuevo imperialismo».

⁸ Discurso del presidente de la Kolonialverein alemán en Hohenlohe-Langenburg, 1884. Véase TOWNSEND, Mary E.: *Origin of Modern German Colonialism, 1871-1885*.

⁹ Al tiempo que se canalizaba una población excedentaria, cargada de conflictividad social y de tensiones, hacia lugares en que resultaba inofensiva para la metrópolis, se lograba cimentar el poder nacional en ultramar al tiempo que se cimentaba y consolidaba la propia expansión imperialista.

¹⁰ LANGER, W. L.: *The diplomacy of imperialism*, Nueva York, 1935, cap. 3.

¹¹ Véase BÉDARIDA, François: *La era victoriana*, Oikos-Tau, Madrid, 1988, pp. 66 y ss.

sobre sus vecinos europeos, creándose así la base de una conciencia colectiva perfectamente expresada por Anthony Burguess, que ha dicho: «Europa, para los ingleses, es un despreciable territorio extranjero»; en tanto que Maurois ya había afirmado con cierta mordacidad: «También los extranjeros son seres humanos, pero los ingleses tienen cierta propensión a olvidarlo». Redundando en este concepto, hombres tan representativos de la clase dirigente británica de la época como Palmerston —patricio vividor, con inclinaciones liberales y de un celoso patriotismo, aristócrata notorio por una pasión por los caballos sólo similar a su desdén hacia los extranjeros— se le atribuye la fórmula «Dios cometió un gran error el día que creó a los extranjeros»¹². La teoría grata a los europeos del siglo XIX era la superioridad intrínseca de Occidente sobre Oriente, a la que los imperialistas ingleses agregaban las cualidades excepcionales de la raza anglosajona. ¿Qué podía hacer un asiático contra un Clive o un Hastings, contra un Lawrence o un Nicholson?¹³

Mientras que en otras naciones las cuestiones coloniales se miraban, al menos, con cierta lejanía cuando no con verdadera repulsión —caso de España— por amplios sectores de la población, en el Reino Unido se alentaba a los gobiernos, en ocasiones remisos a la intervención colonial, a que tomaran medidas de fuerza contra pueblos y naciones primitivos e infieles que habían osado ofender a los intereses y representantes de «su Graciosa Majestad»¹⁴.

Los casos en que la opinión pública, la presión popular, obliga a un gobierno a emprender una acción militar colonial resultan tan desconocidos en la historia de España que se hace difícil de asimilar y comprender esa situación fuera de nuestras fronteras. Con la salvedad de la Guerra de Africa de 1859 —en palabras de Jover «quizá la más popular de las guerras sostenidas por España en el exterior a lo largo de toda su historia contemporánea»—, las guerras coloniales han sido en España antipopulares cuando no funestas; la Semana Trágica junto a desastres como los del Barranco del Lobo, Annual, Monte Arruit (...), son buena prueba¹⁵. Entre los casos en que la presión popu-

¹² Leon Faucher, durante una visita a Inglaterra en 1845, comprobó con asombro cómo «el ciudadano inglés cree fácilmente que, exceptuando al pueblo británico, que ya ha llegado a la edad adulta, todos los otros pueblos son unos niños mayores». Véase FAUCHER, L.: *Etudes sur l'Angleterre*, vol I, París, 1845, p. 8.

El inglés siente un orgullo primitivo engendrado ciertamente por un patriotismo envidioso, pero sumamente efectivo, así como por la certeza firmemente consolidada de pertenecer a una raza predestinada, concepto reafirmado a raíz de sus notorios aciertos industriales, comerciales, financieros, técnicos y políticos del país durante todo el siglo XIX.

¹³ SPEAR, Percy: *Historia de la India*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969, p. 132.

¹⁴ El carácter de ejército profesional de las fuerzas coloniales británicas sirvió para que la nación viese en las campañas ultramarinas un motivo de gloria y de poder, al tiempo que la forma lógica y rentable de mantener y acrecentar el poderío del imperio; a diferencia de lo que ocurría, por ejemplo, en España, en la que cada nueva acción colonial se convertía en una doble tragedia colonial —Annual, Barranco del Lobo...—, y metropolitana; por causa de ser las tropas de quintas y reservistas, lo que acarrecaba sucesos de tanta magnitud como la Semana Trágica.

¹⁵ Véase BACHOUD, André: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Espasa-Univers-

lar —nos referimos a la población en general, no a sectores privados con fuertes intereses económicos— forzó una acción militar plenamente imperialista resulta especialmente explícita la que se produjo por el «culto a Gordon» (sic). Lytton Strachey ¹⁶, en su obra *Gordon en Jartum*, descubre la situación de la opinión pública británica —tan distinta a la española— ante un suceso colonial; la crítica situación del general británico Gordon en el Sudán ante la «revolución» del Mahdí.

«(...) la creciente inquietud se manifestó en cartas a los periódicos, importantes artículos y una avalancha de suscripciones para fondos de socorro. A principios de mayo, la alarma pública alcanzó su climax. Parecía seguro no sólo que el general Gordon estaba en peligro inminente, sino también que el gobierno no había dado ningún paso para salvarle. El día 5 hubo una asamblea de protesta e indignación en Saint Jame's Hall; el 9, una manifestación masiva en Manchester. La baronesa Burdett-Coutts escribió una agitada carta al *Times* solicitando más suscripciones (...) Por fin se promovió un voto de censura en la Cámara de los Comunes» ¹⁷.

Era el año 1885, y a pesar de la firme resolución de Glastone de no ir en ayuda del anárquico e indisciplinado Gordon, finalmente su gobierno tuvo que plegarse a enviar una expedición militar de socorro ante la presión popular que exigía una contundente acción armada en el Nilo.

Dentro de este marco histórico, político y social resulta plenamente comprensible la existencia de escritores —al tiempo que ciudadanos e hijos de su época— como A. E. W. Mason, Sir Arthur Conan Doyle, Joseph Conrad y, por supuesto, Kipling, que fueron abiertamente partidarios del imperialismo.

II. KIPLING ANTE LAS «NACIONES MORIBUNDAS»

A) EL HOMBRE

Tratándose de la obra de Ruyard Kipling, es preciso llevar a cabo un intento de comprensión en el umbral de la misma, porque los símbolos de los que

sidad, Madrid, 1988. JOVER ZAMORA, J. M.: «La percepción española de los conflictos europeos», en *Revista de Occidente*, num. 57, febrero 1986, pp. 5-42, y el trabajo de MORENO, A., y otros: *Apuntes para el estudio del Partido Socialista y la cuestión colonial: notas sobre el P.S. y la guerra de África 1909-1913/1921-1923*, mecanografiado, Departamento de Historia Contemporánea, U.C.M., 1988.

¹⁶ Sobre este autor nos dice FRANCOIS BÉDARIDA en su obra *La era victoriana*. Oikos-Tau, Madrid, 1988, p. 93: «Aunque los victorianos pueden ser acusados de muchos defectos —y la reacción antivictoriana no se ha privado de mostrarlo, desde la brillante maniobra de desacralización de Lytton Strachey hasta los ataques (...)», lo que viene a demostrar la veracidad del sentimiento popular a favor del imperialismo que refleja Strachey en su obra sobre Gordon.

¹⁷ STRACHEY, Lytton: *Gordon en Jartum*, Fontamara, Barcelona, 1983, pp. 57 y ss.

se valió fueron algo más que mero accidente, fueron fruto del ambiente en que nació y de la sociedad que le tocó vivir. Hijo de Lockwood Kipling, conservador del Museo de Lahore, hombre culto y artista, y de una mujer que fue la mayor de un grupo de bellas e inteligentes hermanas¹⁸, Ruyard Kipling se nos presenta como un válido y destacado ejemplo, aunque algo peculiar, del pensamiento burgués victoriano.

A Kipling se le ha considerado generalmente como un rudo imperialista británico, un patrioter belicoso, cruel y arrogante, que escribió melodías amenazantes. Sin lugar a dudas en sus obras existen destellos innegables de imperialismo, pero desde el punto de vista de un análisis histórico estricto la importancia de su obra reside en que mantuvo «un contacto permanente y natural con los estratos más viejos y profundos de la conciencia humana» —en palabras de André Maurois— que permiten una percepción diferente del imperialismo inglés —en el que Kipling se vio agradablemente sumergido¹⁹—, de la que generalmente nos presenta la historiografía española.

Kipling, en su obra, no deja de buscar una explicación, una forma de vivir, una vez que la rígida moral y formas de vida victoriana han dejado sin identidad la formulación romántica. Para él la «Ley» es el marco dentro del cual el hombre puede trabajar, si ha de formarse a sí mismo. Así, en *The Light that Failed* hace esta afirmación: «Únicamente el que es libre tiene normas de conducta; únicamente el que tiene normas de conducta es libre». Esa «Ley», merced a la cual puede existir la sociedad, exige al hombre una entrega total. La abnegación, el espíritu de sacrificio, la voluntad de sus héroes —los «constructores de imperios»— los impulsa a hacer lo que deben, sin pensar para nada en la recompensa. Esta es la cualidad que más admiraba Kipling (al menos en una época)²⁰, la cual es fundamento moral y vital de los sectores burgueses y aristocráticos que sostuvieron la causa imperialista. Por eso su obra nos muestra, en repetidas ocasiones, unos funcionarios —que al igual que los centuriones de la vieja muralla romana de Bretaña—, constituyéndose en columna vertebral de esa civilización anglosajona, que encarnan las virtudes y adelan-

¹⁸ Dos de las cuales casadas con artistas, Burner-Jones y Poynter; la tercera sería madre de Stanley Baldwin, futuro primer ministro de Inglaterra.

¹⁹ DOBREE, Bonamy: *Rudyard Kipling. Obras escogidas*, vol. I, Aguilar, Madrid, 1956, pp. 14 a 50.

²⁰ Numerosos autores citan a Kipling como paradigma de estos pensamientos. Su poema «La carga del hombre blanco» quizá sea su obra más representativa. Entre los muchos que le citan traemos aquí las palabras de Mommsen: «Aunque interpretemos el imperialismo europeo de la época, entre 1885 y 1914 como una forma extrema del pensamiento nacionalista, no negaremos que también intervinieron en su expansión otros factores de importancia. La doctrina pseudohumanitaria de Kipling del *white man's burden* (la responsabilidad del hombre blanco), del deber de las naciones blancas de transmitir a los pueblos subdesarrollados las conquistas de la civilización europea, no resulta una ideología hueca para sus contemporáneos, aunque generalmente iba unida a la idea de que las razas blancas, y especialmente las naciones teutónicas, estaban llamadas a dominar a los pueblos de color gracias a su mayor vitalidad y a su mayor cultura». En MOMMSEN, W. J.: *La época del imperialismo. Europa 1885-1981*, Siglo XXI, Madrid, 1984, p. 11.

tos de los que son portadores por el mundo. Sus primeros años pasados en la India le habían convertido en un admirador del Imperio y de los hombres que lo hacían posible. El Imperio daba a hombres y mujeres una posibilidad ideal de desarrollar sus mejores cualidades.

Ahí radica la mística de Kipling, su mensaje, que es el de toda la época victoriana. No era un conservador reaccionario, su filosofía se basa en el cambio y el progreso constante —dentro de una nación siempre en cabeza de la revolución tecnológica, industrial— y por ello saluda con alegría todos los inventos de su época, y el mayor era la expansión colonial.

Kipling fue vitoreado desde el primer momento por la mayoría de los lectores ingleses corrientes, y de vez en cuando por hombres capaces de ver el genio allí donde surge, pero la clase «cultura», en conjunto, sólo llegó poco a poco a justipreciar todo lo que valía. Es el exponente literario de una burguesía emancipada por el imperialismo y que identifica su percepción del hecho imperial con esa visión que las narraciones de Kipling traían a su mente de las posesiones ultramarinas de la Reina Victoria.

B) «JUDSON Y EL IMPERIO»

Cuando Lord Salisbury pronunció el discurso del «Albert Hall», 4 de mayo de 1898, en la reunión anual de la «Primrose League», presentó una imagen del mundo desde la óptica de un gran estadista con capacidad de influir en el desarrollo de la historia. Sus palabras expresaban el pensamiento oficial de la clase política británica en relación al proceso de redistribución colonial (sic) que se estaba produciendo en el último cuarto de la centuria pasada. Un discurso político forzosamente, privilegiado y elitista, en el cual el darwinismo social pasaba obligadamente por premisas imperiales que servían para explicar el amanecer y el ocaso de las naciones en el devenir histórico, y, sobre todo, para justificar la desatada competición entre las potencias características de finales de aquella época ²¹.

Junto a esta visión nacida de la personalidad del estadista —formulada por el profesor Jover como «primer nivel» sociocultural de percepción en materia de política exterior ²²—, es decir, del exclusivo estrato de los hombres de Estado y de los pensadores y expertos en materia de política exterior, existe un «segundo nivel», formado por una «élite, harto más numerosa, de los que actúan de intermediarios entre la realidad exterior y las capas sociales capaces de lectura: profesores, autores de manuales escolares, periodistas (...)» ²³. Entre

²¹ TORRE DEL RÍO, Rosario de la: «La prensa madrileña y el discurso de lord Salisbury sobre "las naciones moribundas"» (Londres, Albert Hall, 4 de mayo de 1898), en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, VI, 1985, Edit. Univ. Complutense, Madrid, 1985, p. 169.

²² JOVER ZAMORA, José María: *Op. cit.*, pp. 5 y ss.

²³ *Ibidem*, p. 6.

estos últimos se encuentra Rudyard Kipling y su obra, por lo que un análisis de «su visión» de un «clásico» entre los 98 —la crisis del *Mapa Color Rosa*— puede resultar esclarecedora del proceso histórico que conocemos como *nuevo imperialismo*.

Kipling, escritor y en cierta forma —al menos al final de su vida— seudoideólogo tardío del imperialismo, tuvo una profunda influencia en la sociedad británica y occidental de su época al llegar a ella de forma nítida y perceptible con sus escritos. Entre todas sus obras resulta especialmente atractiva, para el tema aquí tratado, su narración breve *Judson y el imperio*.

Este relato —en especial sus primeras páginas— se nos presenta de forma clara, inteligente y sin falsos encubrimientos, como un perfecto ejemplo —al menos a nuestro criterio— de cómo ese «segundo nivel» de la Inglaterra victoriana entendía la expansión ultramarina (redistribución colonial), las relaciones internacionales, así como el momento que estaban viviendo; ejemplificándose en *Judson...* la forma en que se proyectaba sobre la sociedad la nueva corriente de opinión²⁴.

El mensaje que transmite este texto podríamos articularlo en tres grandes ideas, a través de las cuales vemos el pensamiento y la ideología de las clases burguesa e imperialista de la Inglaterra en el crepúsculo de la Era Victoriana. Estas son: 1. Desprecio de la «democracia auténtica» y del republicanismo frente a las ventajas del sistema monárquico; 2. Afirmación de superioridad encubierta de cínica comprensión, sobre las naciones moribundas sureuropeas (sic), y en este caso Portugal; 3. Afirmación de los valores del imperialismo en abierta crítica con la ineficaz y débil colonización de los viejos imperios.

B.1. «Democracia auténtica» frente a monarquía

En 1854, Leopold von Ranke definió, en sus conversaciones con Maximiliano de Baviera, la pugna de los «principios de la monarquía y de la soberanía del pueblo» como la tendencia principal de la época²⁵. La política europea estaba dominada por una lucha por el logro de un orden constitucional y social nuevo. La burguesía en alza apoyando fórmulas liberales dirigía un ata-

²⁴ JOVER ZAMORA, J. M., considera tercer escalón a «las capas sociales capaces de lectura: los que son informados, casi siempre de manera predominantemente pasiva, de lo que ocurre fuera de las fronteras a través de los medios de comunicación y en particular de la prensa (...) Es obvio advertir que estamos ante el estrato sobre el cual recae mayoritariamente el peso de una *opinión pública*», describiendo el cuarto escalón como «conjunto humano numeroso y heterogéneo», de escasa formación y nula información directa —les llega por vía oral y cargada de estereotipos—, pero sobre el que gravita primordialmente la misión de suministrar la gran masa de combatientes que llevan el peso del conflicto. Condición esta última que no se cumple en el caso británico por el carácter profesional de sus fuerzas armadas, tanto metropolitanas como ultramarinas. *Op. cit.*, pp. 6 y ss.

²⁵ RANKE, L.: *Über die Epochen der neueren Geschichte*, Darmstadt, 1954, p. 165.

que contra el orden monárquico y el tradicional sistema aristocrático ²⁶. El liberalismo se presentaba como el único grupo político con posibilidades de pujar en Europa por el poder frente a los conservadores, aristocráticos y tradicionales; pero en 1880 las fuerzas del liberalismo comenzaron a declinar.

En 1887, Bruce Smith escribiría: «La función agresiva del liberalismo se ha agotado; ahora sólo le queda, haciendo algunas excepciones, la tarea de vigilar sobre los derechos iguales de los ciudadanos y su conservación. Esta es en la actualidad la verdadera tarea del liberalismo» ²⁷. En Inglaterra, el fracaso de Gladstone en la concesión de «Home Rule» significó el comienzo del fin. El modo de pensar de los conservadores triunfó en Inglaterra y en el continente —en todas partes de Europa había gobiernos de esa tendencia ²⁸—, llevados de la mano del imperialismo. El nacionalismo y sobre todo el expansionismo ultramarino se convirtieron en la causa popular de la época. Una considerable literatura, a todos los niveles, la propagaba: los escolares ingleses leían a G. A. Henty, y en Alemania a Karl May. Las muchedumbres se reunían, de manera casi histérica, para celebrar la liberación de Mafeking en la guerra de los bóers, o la botadura de uno de los grandes navíos de Tirpitz. Los historiadores hicieron fortuna celebrando el pasado de sus naciones como una procesión de grandes hombres y de grandes acontecimientos; un Holland Rose podía terminar presuntuosamente su vida de Napoleón con la opinión de que toda la historia mostraba, no el vigor marcial de los pueblos latinos, sino la fortaleza de «las razas teutónicas». En Gran Bretaña, el imperio era una causa que satisfacía a los millones de personas que tenían parientes en el extranjero; en todas partes las emociones del imperialismo parecían sacar a la gente, imaginariamente, del monótono mundo de los suburbios y las callejuelas ²⁹.

El liberalismo fue durante décadas el único movimiento político con alguna posibilidad de disputar el poder a los grupos aristocráticos y conservadores tradicionalmente en el poder. Pero esto cambió en la década de los años ochenta, antes de que se hubiese fraguado los principios del nuevo «estado de derecho», por causa del declinar de las fuerzas liberales. El espíritu de la época se impuso, «los liberales descubrieron sus inclinaciones imperialistas».

Bajo la dirección de lord Rosebery —como nos dice W. J. Mommsen—, y rompiendo con las líneas ideológicas acuñadas por Gladstone, surgió un liberalismo que pugnaba con los conservadores en el afán de aumentar los territorios ultramarinos de la corona; «El imperialismo liberal subrayaba los factores emocionales de la superioridad y de la unión de la nación británica en la metrópoli y en ultramar, siguiendo la antigua ideología imperialista formu-

²⁶ MOMMSEN, Wolfgang J.: *La época del imperialismo. Europa 1885-1918*. Siglo XXI, Madrid, 1984, p. 5.

²⁷ Citado por MOMMSEN, W. J.: *Op. cit.*, p. 7.

²⁸ STONE, Norman: *La Europa transformada, 1878-1919*, Siglo XXI, Madrid, 1985, p. 105.

²⁹ *Ibidem*, p. 109.

lada por Charles Dilke en *Greater Britain* (1868) y John Robert Seely en *The Expansion of England* (1882)»³⁰.

Esta nueva élite dominante, entre conservadora y liberal, pero siempre imperialista, mantuvo el poder hasta comienzos del nuevo siglo, momento en que surgieron poderosas fuerzas en la izquierda que exigían una transformación constitucional, democrática —de masas— del Estado. Los conservadores habían jugado con fuerza y fortuna la carta del imperialismo, popularizado y fomentado por los periódicos de gran tirada, desviando así la atención de las masas. El movimiento liberal y su inspirador, la burguesía, temiendo un exceso de democracia que pudiera conducir irremediabilmente al reinado de terror, había apoyado la causa de la expansión hasta convertirla en su propia causa; pero en el momento álgido del «nuevo imperialismo» y poco antes de la última fase de la gran redistribución colonial (sic) de 1914, la democracia y el socialismo estaban socabando desde dentro toda la estructura imperialista de Gran Bretaña³¹, y de toda Europa.

Kipling era consciente de estos cambios. Defensor acérrimo de los valores victorianos veía con desasosiego cómo las turbas comenzaban nuevamente a amenazar el sistema social, cuestionando las ventajas que el progreso y los gobiernos expansionistas habían traído. Parecía que el final del siglo había revivido el viejo fantasma de las revoluciones —que muchos pensaban definitivamente muerto a manos de la «Realpolitik»—, bajo formas republicanas, democráticas y populacheras, incubadas por el propio éxito, así como por las contradicciones internas, del imperialismo.

La monarquía como sistema de gobierno —encarnado por la dinastía de los Hannover— era un valor incuestionable. La democracia se presentaba como la nueva exigencia que subvertía, dado su aparente carácter republicano, los valores monárquicos. El ultimátum de 1890 dado por el gobierno inglés a Portugal había producido una crisis que estuvo a punto de terminar con la casa de Braganza, detonante que despertó en Kipling una áspera e irónica crítica hacia la «democracia auténtica», calificándola como desdeñosa hacia todos «los países gobernados por reyes, reinas y emperadores», inculta, pendenciera, populachera, carente de dignidad y de verdadera civilización. El desprecio surge en cada una de sus palabras, frente a una nueva barbarie que se opone a un sistema de gobierno tradicional, imbricado en una macroestructu-

³⁰ MOMMSEN, Wolfgang J.: *Op. cit.*, p. 15.

³¹ Como escribió sir Edward Grey al presidente Theodore Roosevelt, en diciembre de 1906 —citado por TREVELYAN, G. M.: *Grey of Fallodon*, Londres, 1937, pp. 114-115— siendo secretario del Foreign Office del gobierno liberal que gobernaba desde 1905: «Antes de la guerra de los boers ansiábamos una pelea. Estábamos dispuestos a luchar contra Francia por Siam, con Alemania por el telegrama de Kruger, y con Rusia por lo que fuera. Aquí cualquier gobierno, en los últimos diez años del pasado siglo, podría haber tenido guerra con sólo levantar un dedo. La gente la habría pedido a gritos. Tenían ansia de emociones, y la sangre se les subía a la cabeza. Ahora, esta generación ya ha tenido bastantes emociones, ha perdido un poco de sangre y está cuerda y normal».

ra internacional, donde «las ventajas de vivir en un país civilizado, que se encuentra real y verdaderamente gobernado, radica en que todos los reyes, reinas y emperadores del continente están estrechamente relacionados entre sí por la sangre o el matrimonio», resultan evidentes al comprender éstos las necesidades y condicionamientos del gobierno en dejarse llevar por falsos significados. Así, la monarquía, sistema probado por la historia, preservaba a la nación de inútiles efusiones de sangre —revoluciones, motines, guerras, etc.—, haciendo creer a Kipling que todas las monarquías resultaban igual de «bondadosas» como él pensaba que era la inglesa para su imperio. Todo para finalmente llegar a formular la sentencia de que «son pocos entre sus súbditos los que adivinan todo lo que, en cuestión de vida y de dinero, deben a esos que en el argot del momento se ven calificados de *fantoques* y de *artículos de lujo*».

Como síntesis del pensamiento que emana de este primer bloque de la narración nos encontramos con un desprecio hacia las masas, la democracia y el populacho. Una exaltación casi irracional de la institución monárquica, del patriotismo, del nacionalismo y del espíritu de sacrificio. Todo dentro del marco histórico del cenit de un «imperialismo inglés», al borde de la decadencia y atenazado por los viejos fantasmas de la revolución.

B.2 *Portugal, nación moribunda sureuropea*

El ultimátum enviado por Gran Bretaña a Portugal en enero de 1890 no sólo obligó al pequeño estado ibérico a renunciar a unos vastos territorios africanos, sino que provocó una ola de indignación nacional contra Inglaterra y un movimiento generalizado contra la monarquía y el propio rey, acusando de no prestar suficiente atención e interés a los territorios ultramarinos de la nación. En esa fecha comenzó una crisis que culminó el 31 de enero de 1891 con la eclosión de la primera revuelta republicana, que, aunque sofocada, sirvió para revelar la existencia de una amenaza real a las instituciones vigentes, no sólo en Portugal sino —a los ojos de Kipling y de la clase conservadora del continente— en toda Europa.

En un principio el pueblo había clamado por ir a la guerra contra Inglaterra, pero el sentimiento común de la clase política impuso la dura realidad: una flota británica anclada en Gibraltar preparada para conquistar Mozambique, por sí sola convertía en suicida todo intento de resistencia al ultimátum. A pesar de su rotundo éxito, Inglaterra no se libró de despertar una honda indignación que se manifestará en mítines y manifestaciones por las calles portuguesas, convirtiendo aquellas jornadas en luto nacional. Las protestas no fueron sólo populares, sino que también partieron de instituciones culturales y científicas, así como de muchos escritores que «deran largas à sua aversão contra a Inglaterra». El pintor y músico Alfredo Keil compuso la marcha *A Portuguesa*, con letra de Henrique Lopes de Mendonça; Guerra Junqueiro escribió su poema *Finis Patriae*, llegando incluso la estatua de Camoens en Oporto a ser envuelta en crespones negros. El propio rey don Carlos devolvió sus con-

decoraciones a la familia real inglesa, sumándose así al pesar nacional ³². El pensamiento imperialista enraizó en amplias capas de la población. No era un estadio de la opinión pública exclusivamente anglosajón o germánico, sino que se encontraba asentado en la conciencia colectiva de muchos pueblos europeos, y muy especialmente en el portugués que tradicionalmente había vivido volcado hacia sus posesiones en Ultramar.

Portugal se vio sumida en una crisis interna similar a la que sufriría España tras la derrota de 1898 ³³. La renuncia a lo que se pensaba como una justa expansión colonial, y sobre todo a manos de una nación tradicionalmente amiga —a partir de entonces «indecorosa, artera, hipócrita y mentirosa»—, supuso una quiebra de toda la política exterior de la monarquía portuguesa. El espíritu del darwinismo-social, la política de conquistas territoriales del nuevo imperialismo, se habían impuesto frente a una tradicional alianza y amistad, no sólo entre naciones, sino entre monarquías.

Kipling, al igual que Salisbury, desprecia —aunque de forma irónica, sarcástica y literaria— a la pequeña nación latina en plena decrepitud:

«(...) hace tiempo hubo una pequeña potencia, resto casi en bancarrota de lo que en tiempos había sido un gran imperio (...) La vanidad de ese pueblo se había sentido ofendida; se acordó de sus glorias pretéritas y de los tiempos en que sus escuadras habían doblado por primera vez el Cabo de las Tormentas, y los periódicos de ese pueblo invocaron a Camoens (...)» ³⁴.

Un sentimiento nacional, que le hubiese parecido sublime en su propio pueblo, es ridiculizado como fruto del populacho que apedrea los consulados británicos, acosa a marineros borrachos, molesta a los turistas y lanza terribles amenazas contra los tuberculosos ingleses residentes en Madeira, haciéndose sólo acreedor del siguiente comentario, puesto en la boca de un «flemático» y «pacífico pueblo inglés».

«De ese modo el pueblo disfrutó de toda la gloria de una guerra, sin ninguno de los peligros de ésta, y los turistas que fueron apedreados durante sus viajes regresaron impasibles a Inglaterra y fueron a decir a *Times* que el funcionamiento de la policía de las ciudades extranjeras era defectuoso» ³⁵.

Para recordarles —a su vez— que, a pesar de todo, no se debe caer en la tentación *contra natura* del republicanismo, pues «la historia de las repúblicas sudamericanas demuestra que no es bueno que los países sudeuropeos vivan

³² VERÍSSIMO SERRAO, Joaquín: *Historia de Portugal (1851-1900)*. Verbo, Lisboa, 1986, p. 89.

³³ El gobierno progresista de José Luciano de Castro dimitió al ser acusado de desencadenar la crisis, siendo sustituido por el regeneracionista Antonio de Serpa Pimentel, para ser rápidamente relevados por el gobierno «nacional» del prestigioso general Joao Crisóstomo. Estas crisis gubernamentales duraron hasta la caída de la monarquía en 1911.

³⁴ KIPLING, Rudyard: *Obras escogidas*, Aguilar, Madrid, 1979, pp. 1011 y ss.

³⁵ *Ibidem*.

también en República. Se deslizan con demasiada rapidez hacia el despotismo militar»³⁶.

B.3. *Imperialismo, redistribución y crisis (mapa color rosa)*

Hasta el momento se ha analizado el pensamiento de un importante sector de la sociedad británica —a través de las palabras de *Judson y el Imperio*— en relación a la monarquía, la amenaza que las nuevas ideas políticas hacían al binomio inseparable *Corona-sociedad victoriana*, y el derecho de las «naciones vivas» a ejercer su voluntad sostenida por la fuerza sobre los viejos imperios en declive, sin las razones de éstos a oponerse a los designios de los poderosos y perturbar, así, la buena marcha del sistema, todo dentro de un marco estrictamente europeo. Ahora debemos pasar a África para el tercer análisis.

El mensaje del texto se cimenta sobre la idea del derecho a la expansión de

«Inglaterra (que) no podía retroceder porque a espaldas suyas la apremiaban hijos intrépidos y los actos de lejanos aventureros que no se sosegaban y le ofrecían comprar la parte de su rival»³⁷.

Claro testimonio de vitalidad y de imperialismo periférico, frente a una potencia latina que se muestra como ineficaz colonizadora, en declive y por tanto carente de todo derecho:

«(...) otra potencia, carente de hombres y de dinero, siguió terca en sus convencimientos de que trescientos años de manejar esclavos y de entrecruzamientos de sangre con los indígenas más próximos le daban un derecho inalineable para seguir manteniendo la esclavitud y produciendo mestizos por toda la eternidad»³⁸.

Portugal cometió la torpeza de chocar con el sueño de Cecil Rhodes —«un dominio inglés del Cabo al Cairo»—, y aunque el espíritu de la Conferencia de Berlín podía hacer aspirar a Portugal a que el proyecto del «Mapa Color Rosa» fuese posible, la política desarrollada desde el Cabo chocaban con un sueño —un eje de Este a Oeste lusitano, un nuevo Brasil africano³⁹— que años más tarde, en parecida coyuntura, produciría a la inmensamente más poderosa Francia la crisis similar de Fashoda.

A pesar de la profunda conmoción que sufrió el país por causa inglesa y del odio que sembró Inglaterra en los portugueses, sus lazos de obligada «amistad» no se rompieron. No resistimos la tentación de traer, por un lado, el

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ Por caprichos de la historia, Portugal fue el último de los imperios coloniales que sobrevivió a la llegada del siglo XX; en 1975, la «Revolución de los Claveles» vino a poner fin a un imperio que parecía permanecer inmutable al paso del tiempo.

breve poema que encabeza el relato aquí analizado, que simboliza por sí mismo las contradicciones internas en que se encontraba el alma británica respecto a los pueblos meridionales.

«¡Gloriana! El español puede atacarnos
en cuanto su barriga pida brega.
Antes de que el tormento nos someta,
vamos a ver si el Don hasta aquí llega.
¡España ya no tiene galcones!» (Dobson)

En oposición a esto nos encontramos lo escrito por el historiador portugués Bazilio Telles, en su obra coetánea a los sucesos titulada *Do Ultimatum ao 31 de Janeiro*, de 1905:

«Que tinhamos feito á forte e opulenta Inglaterra? Que offensa, injuria ou ameaça podia um povo paciente, humilde, inoffensivo, dirigir á sua omnipotente protectora, sempre respeitada e obedecida, sempre por nós considerada a soberana dispensadora da nossa felicidade ou desventura? Nao era Portugal um aliado antigo e fiel, correndo com terna sollicitude a depór-lhe no estomago insondavel pedaços de seus dominios no Ultramar, a assumir a defeza dos seus multiplo interesses economicos-politicos e a lançar-se-lhe nos braços marnanimos nas horas de turbação e de amargura? (...) Nao tinvham fim as recriminações, os comentarios, as conjecturas, suggeridos pela magua epela ira, sobre a brutalidad inaudita, e genuinamente ingleza, do ULTIMATUM».

En la cual, al igual que en el poema de Dobson, se detecta un binomio admiración-desprecio que en el caso portugués respecto a Gran Bretaña resulta especialmente sugeridor.

La coincidencia entre los planteamientos de los estadistas —«primer nivel»— con el «segundo nivel» encarnado aquí por Kipling, es evidente en el caso británico. La integración e interrelación de los cuatro niveles en favor de la causa del imperialismo expansivo queda perfectamente refrendado en la oleada de agitación antiportuguesa que surgió en Inglaterra a raíz de los sucesos de Portugal.

El nuevo imperialismo militante, que a menudo iba aliado a los más bajos instintos de las masas, producía las formas más extravagantes de chauvinismo y de glorificación brutal del poder, trasladando la doctrina de «la lucha por la existencia» a la vida entre las naciones. Hombres como K. Pearson y B. Kidd interpretaron en Inglaterra las rivalidades nacionales de su tiempo como lucha implacable entre razas superiores y razas inferiores⁴⁰.

Kipling se unió a esta corriente, poniendo al servicio de esta causa su inteligente utilización de la lengua dialectal y vulgar, insistiendo en el encanto de los lugares reales y de las cosas materiales, luchando sobre todo por crear un sentimiento de comunidad, de misión histórica, cimentada en la existencia de

⁴⁰ MOMMSEN, W. J.: *Op. cit.*, p. 14.

un patrimonio común públicamente compartido, las posesiones ultramarinas de «la Corona».

En sus relatos cortos (*Tres soldados, Entre hombres de acción, Su honor personal, Mi señor el elefante, Un trato en algodón*, etc.) no será un sutil novelista que estudia los caracteres, sino el narrador que ha sido testigo de alguna excitante aventura en el imperio, donde los ingleses reciben elementales lecciones sobre la vida real —e imprimen su sello a la misma—, que no llega hasta su civilizada patria. Kipling es el enemigo natural de los viejos liberales y de los estetas, al mismo tiempo que se entrega de forma abierta a la defensa de lo que hoy nos parecen los valores menos defendibles del imperialismo. Pero, con todo, tiene el sentido de un orden permanente de cosas, cuya única clave es la admiración y el valor, y quizá su obra, aunque no siempre profunda y a veces desabrida, parece estar más cerca de las fuentes tanto de la poesía como de la consciencia colectiva de su pueblo en relación a su historia y a su misión en ella ⁴¹; de ahí su valor historiográfico.

El convencimiento con que expresa Kipling y todos sus coetáneos la superioridad de su nación y de su raza, los éxitos que lograron y la manera en que aún hoy día perdura su impronta nos lleva a reflexionar sobre la base de realidad de sus afirmaciones.

En la actualidad esta semilla imperialista, esta memoria aún permanece firmemente asentada en grandes estratos de estas sociedades norteeuropeas —aunque recubiertas por el polvo de los años y de la integración europea—, pero que se trasluce de manera indeleble en ocasiones: leyendo manuales y obras sobre la «Era del imperialismo» se observa tanto en la historiografía anglosajona como en la alemana una tendencia generalizada a marginar el papel de las naciones latinas en los hechos que forman esa historia común.

Una lectura paralela de obras de ambas escuelas nos mostrarán una imagen del pasado coincidente, al tiempo que diferente, coincidente en una ignorancia casi absoluta del papel de las naciones sudeuropeas en el desarrollo del «nuevo imperialismo» (para la historiografía española es especialmente sorprendente si la comparamos con la importancia que tienen los 98 para la comprensión de la España de la Restauración). Diferente desde el papel que como grandes potencias, y por tanto con diferentes intereses y desarrollos históricos, tuvieron Gran Bretaña y Alemania antes de la Primera Guerra Mundial. Análisis como los de Langer sobre el imperialismo inglés y los Zimmerman sobre Alemania son buena prueba, al igual que lo demuestra una lectura paralela de los ya citados W. J. Mommsen y Norman Stone.

Para finalizar, sólo nos queda decir que, como ya es sabido, Kipling puede ser una fuente directa para la historiografía española. No sólo para la comprensión del alma y la sociedad victoriana, de su funcionariado colonial, etc., sino sobre algo tan «castizo» —como diría el profesor Jover— como resulta la crisis colonial de los «noventa y ochos» de profunda raíz ibérica.

⁴¹ VV.AA. *Historia del mundo moderno*, vol. XI, Sopena, Barcelona, 1980, p. 89.